

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS

DE LAS BALEARES.

SEGUNDA SERIE.

IDEM.

Esta Asociación no solamente esquivada sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningún partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

LA CUNA DEL NIÑO-DIOS.

¿Dónde están aquellos héroes inmortales que hinchieron el mundo con el eco de su fama, que vieron á reyes y pueblos postrados á sus piés, que clavaron la enseña victoriosa en el último peñon de la tierra? Pasaron como una sombra: su nombre, su genio, su historia duermen en el lecho del olvido. Ah! Solo un nombre no se olvida, solo un genio no se estingue, sola una historia no envejece. Y este nombre, este genio, esta historia son los de un Niño nacido en un establo!

¿Dónde están aquellos semidioses que al nacer fueron arrullados en su cuna por el genio de la ciencia, de las artes, de la guerra, de la fortuna? Cayeron como caen en el otoño las hojas de los árboles, y yacen ahora confundidos con el polvo. Solo un hijo del hombre se ha sublimado sobre las estrellas, y desde allí ilumina con sus resplandores á las generaciones que se suceden, y este hijo del hombre es el que nacido en el pesebre, sobre la paja, entre brutos animales, no escuchó mas arrullos que los de su propia pobreza y del abandono de sus hermanos.

¿Dónde están aquellos grandes personajes, cuyo nacimiento fué una esperanza, y cuya vida una gloria para los grandes imperios y para las naciones poderosas, que grabaron su nombre en cien eternos monumentos, sobre cuyas cenizas se animó el mármol y tomó lengua el bronce para contar á los siglos ve-

nideros sus hazañas? Ah! Ha pasado sobre ellos la mano del tiempo, y vedlo: yacen ahora deshechos sus imperios, derruidos sus monumentos, derribadas sus estatuas, confundidas sus cenizas con la tierra de las tapias. Oh! Solo aquel que tuvo por cuna un pesebre, y por sepulcro un nicho abierto al pié de un patíbulo, ve ahora convertido en trono inmovible su cuna, y su patíbulo en trofeo inmortal que, como el sol, pasea radiante y esplendoroso toda la redondez de la tierra.

Niño misterioso! desconocido del mundo y conocido de los cielos, abandonado de los hombres y visitado de los ángeles, no nombrado en lengua de los mortales y aclamado por la lengua de las estrellas!

Niño misterioso! que llamas en torno de tu cuna al encumbrado serafin y al sencillo pastor, á los espíritus puros y á los corazones limpios, y á solos ellos descubres el tesoro de tu pobreza, la gloria de tu humildad y la dulzura de tu sufrimiento!

Niño misterioso! que en medio de tu abatimiento atraes hácia tí á los poderosos, á los felices, á los sabios para que te ofrezcan el oro de su vasallaje, la mirra de su abnegacion y el incienso de su alabanza! que sobre el heno y en los pañales te haces reconocer y adorar por el Hijo del Eterno, recibiendo mirra como hombre, oro como rey é incienso como Dios!

Belen, la mas pequeña y la mas grande de las ciudades de la Judea! á tí vuelven sus

ojos, todos los pueblos, todas las tribus, todas las naciones desparramadas sobre la haz de la tierra: tu nombre está escrito en todos los corazones creyentes, tu recuerdo lo llevan grabado todas las almas regeneradas.

Agrupémonos también nosotros en el umbral de la gruta de Belén, y pongámonos á considerar el cuadro que se nos descubre. La gruta, el establo, el pesebre, los pañales revelan la mayor pobreza, el mas completo abandono. El invierno, el frío, la nieve, el viento, la noche, la soledad y el silencio añaden á los rigores de fortuna los rigores de la naturaleza. Sobre el fondo oscuro de ese cuadro se distinguen en último término brutos animales y ángeles del empíreo, que es decir, lo mas bajo de la tierra y lo mas alto del cielo; mas cerca se destacan los pastores y los reyes, que es decir, los pequeños y los grandes, los propios y los extraños, los circuncidados y los incircuncisos; por último José y María, la vigilancia y el amor, se presentan en primer término, rodeando al Niño benditísimo, que brilla en el centro de ese cuadro con todos los encantos de su abatimiento y de su grandeza.

Oh! ¡Qué cosa es ver saltar las lágrimas de aquellos ojos, que alegran los cielos! mirar muda aquella lengua, que habla palabras de vida; tiritando de frío aquellas manos, que sostienen el globo de la tierra, y apoyados sobre el heno aquellos piés, que caminan sobre las cabezas de los ángeles! ¡Qué cosa es contemplar desnudo al que viste de hermosura los coros de los serafines; hambriento al que alimenta las avecillas del cielo é hinche de mieses los surcos de los campos, y pobre al que cria el oro en las entrañas de la tierra y las perlas en el fondo de los mares! ¡Qué cosa es ver padeciendo al Impasible, débil al Omnipotente, sujeto á la muerte al Inmortal, pequeño al Inmenso, recién nacido al Eterno, de cuya voluntad soberana pende el origen y el fin de los tiempos!

Si con ojo de carne, que es decir, con ese ojo frío, procaz, receloso y altanero de la moderna *sófisteria*, examináis el interior de la santa cueva, no penseis descubrir sino tinie-

blas, ni gozar mas compañía que la soledad, ni sentir otra impresión que la del frío; esa oscuridad envolverá vuestra razón, esa soledad fatigará vuestra imaginación, ese frío helará vuestro sentimiento. Porque á la verdad ¿qué descubre la razón en ese Niño, sino una criatura desgraciada que nace sin patria, sin hogar, sin albergue, que al nacer se ve echada á los piés de los brutos y espuesta á la inclemencia del tiempo? ¿qué descubre sino un sér infortunado que luego se verá proscrito por extrañas tierras, después se consumirá en el ignoble taller de un oscuro artesano, mas tarde predicará doctrinas escéntricas, enemistándose con los sábios, con los ricos, con los fuertes, hasta acabar, por último, en un patíbulo de malhechores? La imaginación ¿qué percibe en torno de esa gruta sino soledad y abandono? Si los ángeles le adoran, si los pastores le visitan, si le buscan los reyes, los ángeles se tornan á su cielo, los pastores á sus rebaños, los reyes á sus estados; y él se queda con la misma pobreza, después de los donativos de los reyes; con el mismo sufrimiento, después del agasajo de los pastores; con la misma oscuridad y abandono, después de los cantos de los ángeles que se desvanecen por los aires. Y en el corazón ¿qué sentimientos se despiertan á la vista de este Niño miserable? Ah! el que no tiene en su entendimiento pensamientos cristianos, ni en su imaginación poesía religiosa, preciso es que sienta en su corazón el frío de aquella noche cruda y la dureza de aquellas rocas desnudas, y no será extraño que mas insensibles que aquellas bestias, niegue al Niño divino hasta el tibio calor de su aliento; no será extraño que le cierre las puertas como los belemistas, y que apenas se digne lanzar sobre él una mirada de desden ó de lástima.

Al contrario, si la voz celeste de la fe os llama, como llamó el ángel á los pastores, si la luz divina de la fe os guía, como guió la estrella á los magos, ¡cómo aparece la santa cueva henchida de la gloria de Dios! cómo la razón ve brotar vivos rayos del fondo de aquella oscuridad! cómo la imaginación ve poblarse aquella soledad de innumerable gen-

te que en confuso tropel y con santo alborozo viene á rodear la cuna del Niño-Dios! cómo el corazón, al calor fecundo de la divinidad allí escondida, siente crecer y desarrollarse y abrir en él su perfumado cáliz mil flores de afectos puros, que lo embalsaman con sus aromas!

La razón cristiana, guiada por la fe, se acerca á la cueva bendita, se pára á escuchar, y oye como resuena en el fondo de esta cueva el eco fiel de los suspiros de los patriarcas, de los anuncios de los profetas, de los clamores del pueblo creyente; pero lo mas admirable es que la misma cueva repite tambien el eco de los pavorosos alaridos de las víctimas humanas que manchan los altares del gentilismo, de la salvadora enseñanza de las tradiciones primitivas, bien que groseramente mutilada, y de ese saludo lánguido y dulce que los pueblos degenerados dirigen á una edad de oro, que creen próxima á aparecer sobre la tierra. Todos esos rumores, todos esos sonidos vienen á resonar en esa gruta, la razón los percibe ya claros y vigorosos, como la fe y la esperanza de los adoradores del Dios vivo, ya confusos y tenues, como la tradición y el deseo de los adoradores de los ídolos. Sin duda este es el *suspirado* de las gentes; esta es la víctima augusta que la humanidad necesita. Al verter Dios sus maldiciones sobre la cabeza de los primeros hombres, les dejó por lenitivo una *promesa*. Al derramarse sobre la tierra todos los males encerrados en la caja de Pandora, quedó en el fondo del vaso la *esperanza*. Este Niño es esta *promesa* y esta *esperanza*.

La razón cristiana se acerca mas á la cueva bendita, asoma su inteligente cabeza por el santo umbral, y ¡oh Dios mio! ¿qué es lo que descubre? Descubre á un Niño-Dios, á Dios hecho niño; descubre á Dios pobre, humilde, desnudo, y todo por amor, por amor al hombre á quien ya llama hermano. Oh! El egoismo, ved ahí la ley del mundo. El egoismo es el que pone el látigo en manos de los señores y la cadena en los piés de los esclavos. El egoismo es el que pone el engaño en boca de los sacerdotes y la credulidad en los oídos del populacho. El egoismo es el que pone un sello de ignominia en la frente de la

muger y un sello de barbarie en el corazón del hombre. Pues ese egoismo, ese monstruo que tiraniza al mundo, la razón cristiana lo descubre ahogado entre los brazos de ese Niño benditísimo, que viene á dar al mundo la ley de la caridad, sí, de la caridad que no esclaviza, que no engaña, que no corrompe.

La razón cristiana corre á arrojarse á los piés del Niño-Dios, y al inclinar su frente al polvo para adorarle, siente como la gloria del Eterno le enviste y le rodea con sus resplandores. Oh! misterio consolador el que se le descubre! Este Niño es hombre, hombre real y verdadero; su alma es semejante á nuestra alma, su carne es formada de la misma masa de que se forma nuestra carne; es hombre y con todo, es Dios, hombre Dios! Ved ahí á la humanidad levantada sobre todos los cielos, é intimamente abrazada con Dios. Pues hermanos de ese hombre Dios somos todos los hombres que hemos recibido su fe y vivimos de su espíritu. Su Padre es nuestro Padre, su casa es nuestra casa, su herencia es nuestra herencia, su gloria y su bienaventuranza serán tambien nuestra bienaventuranza y nuestra gloria. Elías, arrebatado por el carro de la gloria de Dios, dejó caer su manto; aquí ese Niño recoge nuestro manto y, al vestírselo, vemos al hombre, al hombrecillo de barro arrebatado en el carro de la gloria del Escelso.

¿Quién dirá la menor parte de las alísimas verdades que en el recinto de esa gruta vislumbra la razón, cegada y esclarecida á la par con la viveza misma de las luces? Y si tanto vé la razón ¿qué no verá la imaginación del creyente? Oh! poesía cristiana, lenguaje del alma, aroma del corazón, embeleso y encanto del sentido! ¿dónde hallar un manantial mas puro y cristiano que el que brota de esa gruta, mas pobre que las cuevas de las zorras y mas rica que los palacios orientales, mas oscura que la cueva de los bandidos y mas resplandeciente que el lecho sonrosado de que la aurora hace levantarse al padre del día, mas desierta que las cuevas de los leones y mas poblada que los alcázares del empireo, que resuenan con las voces y los cantares de las celestes gerarquías? Sentémonos un rato al

pié de ese pesebre, que es cuna, que es trono, que es cátedra, que es altar; sentémonos, digo, y veremos como desfilan delante de la cueva bendita todos los siglos pasados, que semejan sombras venerables salidas de la tumba, los cuales pasan con sus luengos ropajes y su tendida cabellera plateada por los años, y llevan sus símbolos y sus figuras, y todos se inclinan delante del niño y le señalan con profético ademán. Y en pos de ellos veremos acercarse los siglos venideros jóvenes, alegres, risueños, que todos llevan ceñida su sien con las rosas de las virtudes ó el laurel de los trabajos, todos empuñan con sus manos el olivo de la paz ó la palma de la victoria, todos cantan con acento de regocijo ó el dulce cantar de la inocencia ó el himno vigoroso de la penitencia, y al llegar delante de la cuna adorable, todos rinden sus palmas, y arrojan sus coronas y entonan sus cantos triunfales.

Ved, ved; ahí viene Adán, el *gran padre de los vivientes*: ahí viene Abel, el que ofreció á Dios una *hostia agradable*, cuya *sangre inocente*, derramada por el *hermano*, *clamó al cielo y es vida de Dios*: ahí viene Noé, que con su *arca* salvó del *diluvio* á todo el linaje de los hombres: ahí viene Abraham, el *padre de los creyentes* en quien han de ser *bendecidas todas las naciones*: ahí viene Isaac, el *hijo obediente cargado con la leña de su sacrificio*: ahí viene Jacob el que *lucha con Dios y lo vence*: ahí viene José, *vendido por sus hermanos*, que los *perdona* y los *salva*. ¿Quién es este que empuña la vara de los portentos, que resplandece con la luz de Dios, cuyas manos sustentan las tablas de la ley? Ah! este es aquel *niño* espuesto á las aguas y libertado de la *matanza*, que fué despues *salvador* y *legislador* de su pueblo, que lo sacó de la servidumbre de *Egipto*, le abrió paso por el *mar*; y lo llevó por el *desierto*, dándole á comer *maná* del cielo y á beber agua milagrosa de la *pedra*. Aquel guerrero de luciente acero cubierto, es Josué, el *gran caudillo*, que introduce su pueblo en la *tierra de promision*. Aquel otro de fornidos brazos y larga cabellera es Sansón *nazareno de Dios*, que

con su *muerte mata* á todos los enemigos de su pueblo. Aquel otro al frente de un puñado de valientes es Gedeon que ha venido á *salvar á su pueblo*, sobre cuyo *vellocino* ha *llovido el cielo su rocío*. Mas quien contará los reinados de David, el rey de las *conquistas*, cuyo trono es *inamovible* y de Salomon, el rey de la *sabiduría*, que estiende sobre los pueblos el cetro de la *paz*? quien dirá la imágen viva que en sí mismos representan del Mesías el *vencedor de Goliath*, cuyo *corazon estaba cortado á medida del corazon de Dios*, y el *constructor del templo santo*, que jamás *manchó sus manos con sangre*? Y quien dirá los símbolos y figuras del templo, del altar, del sacerdocio y del sacrificio? Oh! Válgame Dios. ¡Qué cosa es ver como al grito de la fé se conmueven todas las tumbas que guardan los restos de la antigüedad, se levantan todas las losas y alzan sus santas cabezas aquellos reyes, aquellos pontífices, aquellos patriarcas, y profetas, y jueces, y caudillos y sacerdotes y vienen todos á rodear la santa gruta, representando en sus personas el nacimiento, la vida, la muerte, los padecimientos y triunfos de ese Niño que poco há mirábamos en el mayor abandono!

Pues volved los ojos al porvenir, ponéd atento oído á los rumores que os llegan. ¿No ois, no ois el ruido de los templos que se desploman, los alaridos de los demonios que los abandonan, el clamoreo de los sacerdotes que vocean en vano á sus divinidades de palo, de metal y de piedra? ¿No veis como la estrella de la fé, que llamó á las primicias del gentilismo, brilla ya sobre todos los pueblos, y el griego y el bárbaro, el judío y el gentil, guiados por su luz, se agrupan en torno de ese Niño, y no forman mas que un solo pueblo, una sola familia, un solo corazon, una sola alma, que adoran á un mismo Dios, abrazan una misma fé, alientan con un mismo amor y aguardan el cumplimiento de una misma esperanza? La imaginacion, remontándose en alas de la fé, no ve ficciones, ve realidades; pero realidades cien veces mas bellas y mas seductoras que todas las ficciones de la fantasía.

Gloria á Dios en las alturas y paz á los hombres de buena voluntad, han cantado los ángeles al dejarse ver por los aires anunciando á los hombres la buena nueva. Ah! no es la razon, no es la imaginacion, son la voluntad y el sentimiento los que deben gozar del tesoro que el cielo nos envia. Plegadas las alas de la imaginacion y apagada la antorcha de la razon, el alma se postra á los piés del Niño-Dios, tomando la reverente postura de un ángel que ora en silencio. Entonces se replega sobre sí misma, y siente nacer y desarrollarse en su seno mil afectos puros, mil deseos santos, mil sentimientos generosos. La humildad de Dios hecho niño ¡cómo abre los ojos para ver la vanidad de todas las grandezas! El desprendimiento de Dios hecho pobre, ¡cómo nos revela la burlería de todas esas nonadas que se llaman tesoros! El sufrimiento de Dios hecho débil ¡cómo nos descubre la vena riquísima de merecimientos que se oculta en la mina de la paciencia! Y esa humildad, ese desprendimiento y esa paciencia, ¡cómo nos abren de par en par los senderos de la paz! cómo hacen que las fieras pasiones, perfectamente domesticadas, tiren con suavidad del carro de la vida, y lo arrastren sin peligro por los accidentados caminos del mundo! Pues, tras esa paz, siguiendo sus hermosos pasos ¿quién no ve venir la dulce concordia, la amable independencia, la libertad santa, la esperanza tranquila, la grandeza sólida y verdadera? Pues ser Dios mismo el que nos da el ejemplo de esas virtudes, tan propias de nuestra pequeñez como ajenas de su grandeza, el que las allana y las facilita con la unción suavísima de su gracia, ¡cuánto aliento no infunde á los pechos cristianos para abrazarlas con ardor y practicarlas con heroismo? La gruta de Belen es, ha sido y será la escuela de los santos, la consejera de las almas grandes, la inspiradora de las acciones nobles, la maestra y guia de los corazones rectos y candorosos. Pero ese Niño bendito, si por una parte es Dios, y así inspira acciones grandes, por otra parte es hombre, y así despierta sentimientos dulces y delicados. El niño tierno, esta criatura alegre, inocente y hermosa como

un ángel, no teme acercarse al Hijo de la Virgen, niño como él, inocente como él, hermoso y amable como él ¿con qué infantil candor le mira, le besa, le habla, le agasaja, y se le ofrece por su amigo? La ancianidad, esa segunda infancia de la vida, algo mas triste y sombría que la primera, como es mas triste el ocaso que la aurora, esa helada ancianidad, siente que el calor vuelve á sus miembros ataridos, que el gozo rejuvenece su corazón mustio, al poner en manos de ese Niño su última ilusión y su última esperanza. La madre, esa personificación fiel del amor y de la ternura, contempla con embeleso al Niño de la Virgen, porque cree distinguir en él el tipo sublime de sus preciosos niños; le besa, le adora y le ruega que imprima en sus hijos su celeste imagen, que los rasgos de su alma se trasladen al alma pura de sus hijos, que su corazón divino y su rostro adorable se reproduzcan en el corazón inocente, y en el rostro candoroso de las prendas de su cariño.

Oh! La cuna del Niño-Dios ¿quién dirá los pensamientos, las imágenes, los sentimientos que despierta? Dias son estos del mas santo y puro regocijo. Si el mundo los mancha y desdora con sus excesos, las almas fieles los honran y celebran en el silencio y en el retiro. Así la hojarasca seca, el limo impuro y cenagoso afean la superficie de un río; pero en el fondo, sobre un lecho de brillantes piedrecitas se desliza tranquila y sosegada el agua cristalina.

MIGUEL MAURA PRO.

LA NOCHE DE NAVIDAD.

CUADRO DE COSTUMBRES POPULARES

por Fernan Caballero.

(Conclusion.)

Entró á la sazón un pastor, pariente de Beatriz, con su zamarra, sus alforjas, su chivata. Venia del campo, como lo atestiguaba el olor á tomillo de que estaba impregnado. No bien entró, cuando le dijeron que dijese una relacion, lo que hizo sin hacerse de rogar, y fué esta:

¡Alegría, alegría, alegría!
Que ha parido la Virgen María,

Sin dolor ni pena,
A las doce de la Noche-Buena,
Un infante tierno,
En la fuerza y rigor del invierno.
Y las angelitos,
Cuando vieron á su Dios chiquito
Metido entre pajas,
Le bailaban haciéndose rajas.
Se asombra el ganado;
Los pastores bajaron al prado,
Y ven de repente
Unas luces muy resplandecientes,
Y luego al momento,
Por quitarse de ese pensamiento,
Si era cosa mala,
Un mocito de aquellos con alas,
Les dice: «zagales,
Arrimaos á estos portales;
Ninguno se asombre
Que está fiesta se hace por el hombre.»—
Con este consuelo.
Los pastores bajaron de un vuelo:
Llegan al establo,
Y en él de los cielos hallan un retablo:
En un pesebrito
Ven á un niño con un refajito;
Y por todos lados
Angelitos ven arrecimados
A la dulce madre,
Y á su esposo que nunca fué padre:
Ven dos animales
Recostados sobre los umbrales.
Pidiendo licencia
Se entraron con gran reverencia,
Llegan á la Virgen
Se arrodillan y humildes la dicen.—
«Señora del cielo,
¿Cómo á Dios ahí teneis por el suelo?
¡Misterio profundo!
En buen hora paristeis al mundo.
Mi niño, no llores,
Que nos quemas con agua de amores (1).
A Dios, gran Señora;
Padre Pepe, á Dios por ahora;
Que vamos á casa,
A ofrecéros las todas sin tasa.
A Dios, mi niño,
Descansad, y dormid un poquito.
A Dios, señor buey,
Señor mulo con Dios os quedéis.»—
Y así van saliendo
Los pastores, y á Dios bendiciendo.

—¡Otra, otra! clamó el auditorio á una voz.

—¡Otra, tío Gaspar! ¡Así Dios os dé salud! Tía Pavona, un vaso de mistela á Gaspar, que trae tanto frío como sed, gritó el alcalde.

—Toda la mistela se la ha dado la tía Pavona á Florin, chilló una voz de tiple, que salió de un grupo de niños sin editor responsable.

—Es muchísima mentira, dijo con su ágría voz la tía Pavona, apareciendo en medio del cuarto con un vaso de mistela en la mano, y echando con sus desaparejados ojos furibundas miradas hácia el grupo de niñas. Las muchachas, que estaban muertas de risa, cogieron la pandereta y se pusieron á cantar:

Francisca, por tu tejado
Va subiendo una culebra;
Madre, como pica el sol;—
Mas pica una mala lengua.

(1) ¿Qué poeta calificó jamás mas bellamente las lágrimas?

—¿Burlarse de las canas? ¿Quién vió eso? decia furiosa la tía Pavona á su amigo Florin.

—El mundo anda perdido, contestaba este.

Entretanto Haspar habia bebido su vaso de mistela, y recitaba la relacion pedida.

Hácia Belen caminando
Iba una niña preñada,
Montada en un jumentillo,
De un anciano acompañada.
—«Vamos, vámonos de prisa
Porque ya la noche viene,
Y quizás no encontraremos
Casa donde nos alberguen:
Abre, abre, mesonero,
La puerta de tu meson,
Que está María de parto,
La traigo en el corazón.»
Salió al punto el mesonero
Diciendo: «¿Quién es quien llama
Con tanta prisa á mi puerta,
En una hora tan mala?—
Yo soy, le respondió el santo,
Que vengo á pedir posada
Para un pobrecito anciano
Y una doncella preñada.—
El mesonero responde:
«Vaya san José con Dios,
Que yo no quiero esta noche
Mas ruido en mi meson.»—
«¡Ay! Dános albergue
Hazlo en caridad.
¡Que el vernos tan pobres
Te mueva á piedad!—
No doy posada ninguna
Si no me aprontan la paga;
Que con recoger á pobres
Mi bolsa no gana nada.»
El mesonero era tuerto,
Y al cerrar el aldabon,
Se le saltó el otro el ojo,
Que fué castigo de Dios,
Y bien merecido,
Por tan temerario:
Ya puede vender
Coplas y rosarios.

En este instante sonaron las ánimas. Sucedió á la alegre algazara un profundo silencio. Se pusieron todos en pié, y los hombres se quitaron los sombreros.

En esta hora, que la Iglesia dedica á las ánimas, los católicos unen sus oraciones á las de la santa madre, y un clamor unánime y universal en el orbe católico llega al trono de Dios, cual una humilde intercesion que el Señor de la misericordia no desatiende. Este santo recuerdo que la Iglesia há instituido, es eterno como todo lo suyo:—Vence al poderoso tiempo, destruye el ingrato olvido, y todo muerto católico deja en la tierra miles de hermanos que oran por él. Beatriz, como dueño de la casa, dijo en voz alta la siguiente oracion, que fué seguida de la dominica (2).

Animas benditas fieles,
Que en el purgatorio estais,
Tremendas penas pasais
Y tormentos mil crueles!
El Señor que os redimió
Tenga por bien el llevaros
A la gloria que os ganó.

(2) Llámase así el Padre Nuestro por dirigirse á Dios, porque dominico es lo perteneciente á Señor ó amo.

No parecía sino que la campana de la Iglesia, al imponer con su grave voz silencio, había tenido dos fines para hacerlo, y que después de implorar el socorro espiritual para los muertos, lo implorase material para los vivos, dando lugar con la repentina suspensión de la alegre algazara á que llegase á oídos de todos, apenas hubieron concluido la oración, un quejido.

¡Dios mío! ¿á quién no estremece un quejido, que es un llamamiento á la humanidad! un quejido que es á veces el triste desahogo de la mansa resignación, á veces el desatinado gemido de la angustia, á veces el brote de la desesperación, y á veces el estertor de la muerte! ¿Qué corazón no saltó en el pecho que le encierra al oír un quejido? ¿qué alma no se estremeció, y qué voluntad hubo bastante inerte para no presentarle socorro? ¿qué corazón de hierro hay que un quejido no hiera como un cuchillo, que no atraviese como un puñal?

El primer quejido que se oyó, débil y plañidero, dejó á todos suspensos y como aterrados, porque el contraste de las sensaciones que experimentaron los que participaban de aquella alegre fiesta, en aquella tibia é iluminada estancia, al oír el triste quejido que les llegaba de fuera en donde reinaba la noche tan fría y tan oscura, era demasiado grande, la sacudida que les causaba demasiado fuerte para que no turbase al pronto sus ideas y suspendiese sus facultades. Pero al oírse poco después el segundo, todos simultáneamente se lanzaron hácia la calle. La primera fué la buena viuda, á quien siguió de cerca el alcalde. Pocos pudieron imitarlos; porque apenas había salido Beatriz, cuando volvió á entrar con un niño en los brazos.

Quien conozca la caridad de las mujeres, en general, y de las españolas en particular, sobre todo si está se ejerce sobre un ángel de Dios desvalido, podrá figurarse la manera con que todas las que allí se hallaban, rodearon á la viuda, y las exclamaciones de lástima, de cariño y de dolor, que como un coro santo saludaron á la abandonada criatura. En cuanto á Beatriz, lloraba á lágrima viva; abrigaba contra su latiente pecho el arrecido y desfallecido espósito; calentaba sus yertas manitas con su aliento, y acercaba sus piesecitos al brasero. Las mujeres se afanaban en prestar mano á la buena obra: una traía de la cocina un poco de caldo, la otra un poco de vino; y aquel pobre niño, bajo la influencia de esos cuidados simpáticos, iba reviviendo: el calor volvía á hacer circular activa su sangre: por fin, abrió sus ojos, y miró con asombro cuanto le rodeaba; y prorumpiendo en llanto, dejó caer su cabeza sobre el seno de Beatriz, llamando á su madre. Tendría la pobre criatura abandonada sobre dos años, traía puesto un capisayito de bayeta color de castaña, y en la cabeza una marmolita de punto de lana encarnada, todo pobre y raído.

No era el niño del lugar; allí nadie abandonaba sus hijos. Había su madre de ser transeunte, y haberse alejado tan luego como allí espuso al niño. Es imposible que las personas más cultas y delicadas discurriesen más consuelo, y más alhagos que los que fueron puestos en juego para consolar á la pobre criatura. ¡Tan cierto es, que la verdadera delicadeza es hija de la bondad y tiene su fuente en el corazón! No obstante, nadie logró mitigar la angustia y el dolor de aquel niño infeliz, cuya madre no respondía á su llamamiento; nada pudo borrar en su acongojado ánimo la estrañeza y repulsión que le inspiraban las caras estrañas de que se veía rodeado:

quien lo logró fueron los demás niños. Este mandándole una castaña, el otro dándole un bizcocho, un tercero enseñándole una muñeca, y cuando la consabida voz de tiple se acercó, y pasándole sus manitas por las mejillas le dijo: misi gatito, pan con ajito, etc., las lágrimas se secaron, y la sonrisa se asomó á los labios que poco antes gemían en espantosa congoja. Con la del niño volvieron todas las sonrisas á todos los rostros, y más bellas y alegres que antes, porque en ellas brillaba la santa satisfacción que comunica al hombre la buena acción que se ha hecho. Porque digan lo que quieran los pesimistas, pinten como solo fruto del bien en este mundo la ingratitud y la injusticia, la mala interpretación y á veces hasta el ridículo, no hay tal, no hay tal; el bien que se hace, trae aun en este mundo su recompensa interna y externa; el que diga lo contrario, es porque ha hecho poco bien en su vida. Uno de los hombres más caritativos que hemos conocido, y que toda su vida esparció alrededor suyo el bien, como el labrador esparce el trigo al sembrarlo, solía decir. «Muchos se quejan de la ingratitud, y yo me quejo de la gratitud que me persigue é importuna.» Este hombre era el padre de quien escribe estas líneas. Perdónesele el santo orgullo que le mueve á nombrarlo, al esparcir las ideas y sentimientos que inculcó á sus hijos. ¡Oh caridad, virtud de las virtudes, y placer de los placeres! Tú que eres tan buena, que en todos los corazones te introduces, aun en aquellos que te despiden de palabra, no nos abandones nunca! Santa caridad, ¡qué sería el mundo sin tí!

—¿Cómo te llamas? preguntaba Beatriz al niño que todos seguían rodeando.

—Memé, Memé, respondió el niño.

—Eso es que se llama Manuel, Manuel, gritaron las mujeres.

—Comadre, ¿y qué va Vd. á hacer con ese niño? preguntó el alcalde.

—¿Y qué he de hacer? contestó la buena viuda; quedarme con él, ampararlo, prohiarlo. ¿No veis, compadre, que ese niño que en esta santa noche aquí á mi puerta lloró de desamparo, de hambre y de frío, me le envía el Niño Dios? ¿Había de cerrarle la puerta? ¿Había de desentenderme del llamamiento? ¡No lo permita el Señor! Y tomando al niño por la mano, con esa santa exaltación que inspiran los sentimientos religiosos, se acercó Beatriz al Nacimiento; «Señor, dijo, tú me lo envías; por tí le prohijo, por tí le seré madre, por tí hago esa obra de misericordia, por tí, por tí.»

—¡Bien hecho! ¡Bien hecho, Beatriz! gritaron en coro las mujeres. Dios te premiará tu buena obra, mujer; que quien bien hace, para sí hace.

Cuando digimos que todas las caras sonreían, digimos mal; porque una había que lejos de prestarse á hermosearse con esta gala del rostro, se había encapotado más de lo acostumbrado; era esta la de la tía Pavona, que decía á su amigo Florin: «¡Habrás gran picarona la que así haya abandonado á su hijo! amigo, no tenerlos; pero si se tienen, que cada cual cargue con su cruz. ¿Pues qué, no hay más que echar hijos á puerta ajena? ¡Tunantona! ¡Rufiana! ¡Herege! ¿Si se habrá figurado esa judía que esta casa es la inclusa? No, no, en esta casa no se quieren ruidos. ¡Niños! ¡de ellos nos libre Dios! ¡Con que los propios son, y no son más que pesadumbres! Dos tuve, me harté de criarlos, me destueltaron, Florin; y cuando fueron mozos, se los llevó el Rey, y los franceses de Napoleon, ¡malditos sean! me los mataron;

de manera, que despues que les dí todo mi calor, no tengo en mi vejez la calor de nadie, y tengo que servir, en lugar de tener quien me mantenga en mi casa.»

Pero al oír la perentoria declaracion de Beatriz, de pro-
hijar al pobre expósito, la tia Pavona se levantó erguida como Juno, fruncido el entrecejo como Júpiter, y como Aquiles á su tienda, se retiró á su cuartucho, muy resuelta á quedar completamente extraña á la crianza del niño.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

CONFERENCIAS DE LA ASOCIACION.

DEBERES DEL HOMBRE PARA CON DIOS.

Existe por sí mismo un sér infinito y eterno, y este sér no solo asume, comprende y absorbe todas las perfecciones imaginables, y aun aquellas hasta donde no podemos llegar con las alas del raciocinio ni de la fantasía, sino que es por esencia la suma perfeccion, perfeccion única bajo cualquier punto de vista la contemplemos. Estas dos proposiciones habia desarrollado el Sr. D. Miguel Maura en sus dos conferencias anteriores, y su última vino á ser una consecuencia de estas premisas. Dios, autor de todas las criaturas lo es tambien del hombre: luego entre este sér creado y su creador existe una relacion evidente, necesaria, imprescindible. Pero esta relacion no es como las que nos ligan á nuestros semejantes y producen derechos y deberes correlativos. Dios no tiene para con el hombre mas que derechos, nada le debe; el hombre se lo debe todo, y en ninguna ocasion, bajo ningun aspecto, de ninguna manera puede abrigar ni poseer el menor derecho que imponga á Dios el mas sencillo de los deberes. Como el autor sobre su obra, tiene Dios sobre nosotros un derecho universal y absoluto, y á la grandeza infinita de este derecho, corresponde la indefinida estension de nuestros deberes, cuyos límites estarán siempre mucho mas allá de los que nos atreviésemos á señalarles. Dios nos ha creado, luego nos debemos á él con todo nuestro sér y nuestras fuerzas y nuestro corazon y nuestro pensamiento; y puesto que además de habernos creado es quien nos conserva, nos debemos á él cada dia, cada hora, cada instante; y como es tambien el creador y conservador de todas las criaturas que nos rodean, el pan que nos sirve de alimento, el agua que refresca nuestras entrañas, el aire que respiramos, la tierra que nos sustenta, el sol que nos alumbra, todo son nuevos dones que exigen de nosotros nuevo respeto, nueva sumision, nuevo amor, nuevo agradecimiento. Y que estas ideas estén profundamente gravadas en nuestra inteligencia, y estos afectos brofen constantemente de nuestro corazon, como de un manantial perenne é indefectible, este es el primero y el mas imperioso de todos los deberes del hombre, deber que no admite suspension ni tregua, que le acompaña desde la cuna al sepulcro, y que solo podria terminar aquí si la muerte que le cierra

los ojos del cuerpo no fuese el principio de otra vida inextinguible y eterna.

Dios por sí mismo es la eterna verdad, la soberana justicia, la belleza infinita, la sabiduría increada, el poder supremo, la bondad inagotable, la santidad inefable. El hombre por la ley misma de su sér tiene que seguir la verdad, venerar la justicia, amar la belleza, admirar la sabiduría, honrar el poder, estimar la bondad y adorar la santidad, luego tiene que levantarse hasta Dios para ofrecerle todos esos nobles afectos que son el tesoro de su corazon. Nada hay en la creacion de bello, de grande, de justo y verdadero que no sea una emanacion, un reflejo de Dios: así todo cuanto el hombre ama, busca ó venera no es sino la sombra de Dios ¿por qué pues negará á la realidad lo que otorga á la sombra? por qué no amar en el vivo original, lo que se ama en la pálida copia?

Dios para obrar necesitaba un fin, porque un sér inteligente no obra sin un fin determinado. Este no podia ser menos que Dios, porque el acto de Dios es infinito; tampoco podia ser mas que Dios, porque no hay nada que le sea superior; es una cosa evidente que Dios y solo Dios es el fin de todas sus obras. Luego el hombre es para Dios. Todo cuanto el hombre hace naturalmente ordenado y bueno, todo va á Dios y le glorifica; y cuando el hombre obra algo contra Dios, ó prescindiendo de Dios, es un sacrilegio que trastorna el plan divino y conculca la ley misma de su sér.

Discurriendo de este modo advirtió el orador que por entonces prescindia del vivísimo resplandor que sobre estas cuestiones ha derramado la luz del cristianismo y se mantenía en el terreno de una sensata é ilustrada filosofía, de modo que los deberes de que trataba eran universales y obligatorios para todos los humanos, sea cual fuere la religion que profesen, y concluyó con un vigoroso apóstrofe en términos parecidos á los siguientes: -

Fundadores de una política atea, de una literatura escéptica, de una religion humanitaria, de una moral libre, de una sociedad positiva y de una ciencia cabalística, vosotros sois los mónstruos de la naturaleza: borrais el nombre de Dios, y este nombre augusto está grabado en todo átomo que tiene sér, en toda molécula que goza de vida.

Terminado el discurso, siguieron los diálogos anunciados, uno sobre el tema que acababa de tener gratamente cautivada la atencion del auditorio, y el otro sobre la conformidad en los trabajos y penalidades de esta vida. El dia de Navidad se efectuó la representacion de los PASTORES DE BELEN á presencia de tan numeroso concurso de asociados que no cabian en el vasto salon, y los estrepitosos aplausos que en él resonaron fueron bastante prueba de haber quedado satisfechos y complacidos. Repitióse la funcion el dia siguiente y esta noche volverá á reproducirse.